

ct

La carrera

de
Eva Hibernia

(fragmento)

Es el viento en los ojos de Homero,
la mar multisonora en sus oídos,
lo que nosotros llamamos actualidad.
Antonio Machado a través de Juan de Mairena.

La Carrera se comenzó a escribir en Logroño y se acabó en Barcelona, durante 2016.

Seis son los personajes que forman su reparto:

El Maestro

El Daymon

Ismail

Madeleine

La recepcionista

Carlos Chang

deliberadamente sus nombres no encabezan las réplicas, y esta decisión formal es una expresión del proceso psicológico de los personajes y ese extraño tiempo dilatado en que acontece su peripecia.

1.

El Maestro mira por la ventana en su suite del hotel más caro.

Grandes manchas de sol en las paredes.

La música sale de un disco de vinilo, lejana. La obertura de una canción, con oboes sinuosos. De pronto ovación del público, gritos entusiastas. Palabras de agradecimiento de la cantante, en francés, seguidas de un pequeño parlamento en un idioma difícilmente reconocible, nuevas frases en francés que parecen traducir lo dicho. Más ovaciones. El Maestro sonríe, dibuja signos invisibles en el cristal de la ventana. La cantante y el oboe establecen un diálogo melódico de serpientes que se persiguen a lo largo de la canción. La música parece venir de muy lejos, como si se arrastrara por el suelo.

A espaldas del Maestro, entra Ismail, se detiene en el quicio de la puerta.

Un tiempo.

: Ismail, pasa.

: Maestro.

: ¿Estás nervioso?

: No maestro.

: Haces bien. *(Pausa breve)* Mira, hace tanto calor ahí fuera que los edificios parecen temblar, como espejismos en el desierto.

: Mejor.

: Sí, mejor para nosotros. Es curioso que el corazón de Europa se ha vuelto como nuestra tierra. ¿No te parece curioso?

: Es el cambio climático, maestro.

: Quizás. *(Pausa breve)* O un mal año. La vida tiene esas sorpresas para todos, malos años. ¿Tú has conocido malos años?

: Usted sabe que sí, maestro, nací en su misma aldea, donde el tiempo está detenido en el peor de los años.

: Nuestra aldea no cuenta.

: ¿Por qué no, maestro?

Un tiempo

: De todas maneras, con calor o sin calor, con desierto o sin desierto, la carrera es nuestra. (*Pausa breve*) Es nuestra. (*Pausa*) ¿Por qué no contestas?

: Usted me enseñó a no subestimar al contrario, maestro.

: ¿Qué pueden hacer? Ya no pueden hacer nada. Los blancos nacieron en casas demasiado confortables, crecieron con zapatillas demasiado sofisticadas. Los chinos, los chinos son máquinas de relojería, pero no es suficiente, se necesita algo más. Y los negros, los que verdaderamente podrían ser un problema para nosotros, están muertos. Los mejores siempre mueren, ¿no es verdad?

: Sí maestro.

: ¿Tu hermano, no era mejor que tú?, ¿en cuánto tiempo te sacaba ventaja?

: Veintisiete segundos.

: Veintisiete segundos es una eternidad.

: Sí. Él tendría que estar hoy aquí.

: Pero está muerto.

Pausa

: Me acuerdo perfectamente de la mañana en que os hice la prueba a todos los chiquillos. Lo escogí a él. Pero cuando volví a la tarde siguiente y abrí la puerta del coche para llevarle a Europa subiste tú. Al principio ni me di cuenta, ¿te acuerdas?

: Yo era muy pequeño.

: No tan pequeño. Luego, por el retrovisor, me pareciste algo más largo de lo que había visto la tarde anterior. Empecé a espiarte por el espejo, el crío que había escogido era como tú pero más bajo, más niño, con la sonrisa más grande. Paré el jeep. Volvimos a la aldea. Estaban enterrando a tu hermano. Tu madre se quedó sin dos hijos en un sólo día.

: Mi madre se alegró por mí.

: ¿Eras su favorito?

: Sólo uno de los dos podía salir de allí. Qué más daba uno que otro.

Pausa. Muy lejano, un espectador del concierto grita algo a la cantante, el público aplaude.

: Maestro, podía habernos escogido a los dos. Escogió a Farah, de la otra aldea, ¿por qué no nos

escogió a mi hermano y a mí? Nos hubiera salvado la vida y habría hecho a mi madre feliz.

: Tenía que escoger al mejor. Escogí a tu hermano. Luego tu hermano fuiste tú, decidiste que el mejor eras tú, y lo conseguiste.

Pausa.

: ¿Mataste a tu hermano, Ismail?

: Maestro, en todos estos años nunca ha mencionado a mi hermano, ¿por qué hoy, por qué precisamente hoy? No es el día... adecuado.

: Al contrario, hoy es el día más importante de tu vida. Vas a superar a tu maestro. Vas a ser el Rey.

: ¿De verdad, maestro? Usted todavía podría ganar este año.

: Tengo 41 años. Ya nadie puede ser el Rey con esa edad.

: Nadie puede ser el Rey a partir de los 26, y usted lo ha sido hasta ahora. Un año más. Podría.

: Es tu momento. Hay que saber cuando deja de ser el momento de uno y comienza a ser el momento del otro. Hay que saber aceptar, la luna mengua en el cielo y el sol envejece.

Pausa. Sin finalizar la canción la música queda suspendida, pero queda el crepitar del vinilo y de la aguja dando vueltas. Siempre muy lejano.

: Te noto nervioso.

: Usted podría cambiar de decisión en el último momento.

: No cambiaré. Farah, tú y yo. Lo haremos como está decidido.

Pausa.

: ¿Quieres ganar?

: Sí.

: Gana.

: No es por el dinero, ya no es por el dinero.

: Nunca fue por el dinero, Ismail. No te subiste a mi coche robándole el nombre a tu hermano por el dinero.

: Claro que sí, el dinero es lo contrario de la muerte. Y yo no le robé el nombre a mi hermano. Él se cayó al agua negra. Quiso correr con la luna nueva esa noche, la última carrera en el desierto antes

de que usted se lo llevase a Europa. Nuestra última carrera juntos. También estaban allí mi primo y mi prima. ¡Habíamos corrido tantas noches a oscuras, con sólo la luz de las estrellas en el cielo...! Maestro, ¿sabe que la luz de las estrellas viene de la muerte? Son astros muertos allí arriba, sólo les queda la luz, son fantasmas vagando por el firmamento las estrellas, dura la luz pero no su cuerpo. Yo creo que fue eso, el embrujo de esas pálidas luces allá arriba. Usted sabe cómo son las cosas en nuestra aldea, allá los muertos son celosos. No oímos ni el chapoteo de cuando cayó al agua negra. Creíamos que había vuelto sin nosotros a la aldea, que ya se le habían subido los humos porque marchaba a Europa.

Vuelve la música, a la voz y al oboe se suma, claramente, un piano. Hay finales del fraseo musical ligeramente desafinadas y el crepitar del vinilo parece un instrumento más. Siempre muy lejano, muy a ras del suelo.

Mi primo y mi prima me acompañaron. A Ismail lo encontraron a la mañana siguiente, hinchado, con la cabeza medio devorada. ¿Qué quería que hiciésemos? Mi madre me dió la bendición. Usted sabía que el mejor de los niños se llamaba Ismail, abrió la puerta del jeep y gritó ese nombre, ¡vámonos Ismail! Así que ese debía ser en adelante mi nombre.

: Hiciste bien.

: No, no hice bien. Pero puedo vivir con ello.

: Todos los días llevas su nombre auestas. No es fácil. No es fácil ser un muerto.

: No soy un muerto. Hoy millones de personas se pondrán en pie para aplaudirme. Hijos de perra.

: ¿Los odias?

: Los odio porque los necesito.

: El odio no es un buen motivo para correr.

: Ningún motivo es suficientemente bueno para correr.

Pausa. La canción, lejanísima, vuelve a quedar rota, las últimas notas son del piano, que parece tocar sumergido en el agua. El maestro levanta la aguja del plato, limpia el disco, lo guarda en su funda. Hay unos cuantos discos.

Maestro, ¿puedo preguntarle cuál es su motivo, qué Dios lleva en el corazón para ser el más rápido?

: No llevo ningún Dios. Si llevase un Dios en mi corazón sería un hombre feliz, Ismail. *(Pausa breve)* Ojalá hubieses encontrado otro maestro mejor que yo.

: A cada discípulo le corresponde un maestro, y usted es el mejor para mí. Usted me vió, desde el principio, usted me vió.

: Sí, yo te ví.

: Usted me vió y llamó a mi hermano y entonces yo desperté. Si me hubiera llamado directamente yo no hubiera sido el mejor y hoy no sería el día más importante de mi vida, yo sería Farah y quedaría el tercero, nunca hubiera sido el Rey y quizás tampoco me hubiese importado. Pero usted supo cómo llamarme. Mi padre y mi madre me dieron la vida pero usted supo como despertarme a mi auténtica naturaleza.

: Yo no hice nada. Una vez muerto el mejor, me conformé contigo. ¡Ya lo había visto tantas veces...! Tienes 21 años y yo tengo 41, he visto el doble de cosas que tú, no el doble, el quíntuple. Ojalá no hubiese visto tanto. No mires demasiado, Ismail, las cosas que uno ve se quedan en la memoria y pesan, pesan. Ya empiezan a pesarme demasiado, por eso he empezado a correr más despacio. Por eso hoy me vas a ganar. Fue una suerte para ti que aquella noche fuese de luna nueva. Es mejor no ver nada, no ver nada. Ahora vete.

: Maestro...

: Cuando digo basta es basta.

2.

*Madeleine con un vestido vaporoso y claro. Tiene la tez muy blanca, los ojos claros. Puede tener 30 años o 300, o 3.000..., 50 o 500 o 5000...
El Maestro intenta mantener erguido un objeto de cristal curvo, una especie de reloj de arena, sin base, recto. Es un ejercicio de concentración.*

: No entiendo por qué me ha llamado. Debería contratar a un periodista especializado en deportes. Yo no tengo ni idea de deportes. Escribo poemas.

: ¿Le gusta Alemania?

: No.

: ¿Por qué?

: Por una bobada.

: Cuéntemela.

: Es una bobada, no merece la pena gastar saliva, y usted tendrá qué hacer cosas importantes antes de la carrera.

: ¿Qué cosas?

: No tengo ni idea de lo que hacen los atletas de élite antes de jugarse la medalla de oro. ¿La siesta?

: Es una buena idea. Es usted muy intuitiva. Los periodistas saben pero no intuyen. ¿Por qué ha

venido si no le gusta Alemania?

: Porque usted me ha ofrecido mucho dinero.

: ¿No tiene dinero?

: Preferiría no hablar de mis finanzas. Entonces, si no he entendido mal ¿quiere escribir un libro de memorias?

: No, no quiero escribir un libro.

: Pero su agente...

: Mi agente sabe cómo seguir sacando rentabilidad a mi leyenda. Es muy bueno. Estas Navidades saldrá a la venta mi biografía. Falsa. Será un superventas, será el número uno de los más vendidos en no ficción. Voy a firmar ejemplares el 23 de diciembre en la Fnac de París, para la campaña de navidades. En París me adoran. Y el 24 en Londres, en Londres me adoran también. Además me escribe el libro un escritor importante, un premio Nobel, Coetze, ¿lo conoce?, es sudafricano, no es de mi mismo país pero sí compartimos el mismo continente. Es blanco, pero me han dicho que sabe algo de lo que cuesta ser negro y además es un hombre con una reputación asombrosa, dará al libro... ¿qué dijo mi agente, qué término utilizó?, ah sí, solidez intelectual; no íbamos a dejar que un libro tan importante lo escribiese una poeta desconocida, aunque estoy seguro de que usted lo haría muy bien.

: ¿Qué le hace estar tan seguro, ha leído alguno de mis libros?

: Desgraciadamente no.

: Me alegro.

: ¿Por qué se alegra?

: ¿Ha leído a Coetze?

: Sólo leo un libro, un único libro.

: ¿La Biblia?

: No.

: ¿El Corán?

: No.

: Sospecho que no es usted judío así que tampoco creo que sea La Torá, pero eso de un único libro suena tan monoteísta...

- : Es un libro también muy antiguo, pero sin Dios, un libro de arena.
- : Borges tiene un cuento que se titula así, “El libro de arena”. Es un cuento espeluznante.
- : No sé quién es Borges.
- : Hace usted muy mal. Es un escritor de una reputación asombrosa, aunque a usted no le serviría de mucho porque ya murió.
- : En mi cultura los muertos están junto a los vivos, todos servimos. ¿De qué va ese cuento?
- : De un libro monstruoso que, como la arena del desierto, no tiene principio ni fin.
- : Sí, ese es el libro que yo leo.
- : Pero ese libro no existe, es una ficción.
- : ¿Qué es una ficción?
- : En realidad no lo sé. Después de haber escrito unas cuantas y de leer muchas más, no sé que es la ficción. Un aspecto mejorado de la realidad, quizás.
- : ¿Mejorado por qué?
- : Porque el dolor parece tener un sentido. Es por el lenguaje, el lenguaje crea la falsa sensación de orden. Cada frase tiene su verbo y su sujeto y su predicado. Hasta el pensamiento más descabellado parece tener un sentido si se ciñe a una frase bien construída.
- : No, el libro que yo leo no es así. No debe ser una ficción.
- : Quizás es un libro sagrado. Hay muchos libros sagrados sobre la tierra. Libros ciegos, porque ya nadie sabe leerlos.
- : Sí, es así, yo leo el libro con los ojos cerrados.
- : Usted habla en metáforas. Adoro a la gente que habla en metáforas, me hace sentir en casa.
- : Yo hablo como puedo.
- : Ya somos dos. *(Pausa)* ¿Hay sangre en su libro? Sangre, vísceras, buitres...
- : Sí.
- : Encantador, clásico y contemporáneo.
- : *(se encoge de hombros)* El tiempo es como la arena del desierto, siempre una duna detrás de la otra.

: Le advierto que donde hay sangre el público aplaude. Una parte por verdadero interés y excitación, otra por mera cortesía, otra por metafísica. Al contrario de lo que la gente cree la metafísica es un asunto bastante sucio.

: Usted es muy blanca, no parece saber mucho de la sangre.

: Preferiría que no fuese mi tema, pero una poeta no se puede negar a nada. Además siempre habrá alguien con un arma y una extraña necesidad. (*Pausa breve*) Con todo prefiero la sangre a las cenizas.

Pausa.

: ¿Por eso no le gusta Alemania, ¿por las cenizas?

: ¿Ha investigado en mi biografía?

: No, pero también soy un hombre intuitivo. No parece usted judía.

: ¿Sabe que mi abuelo estuvo aquí en las Olimpiadas de 1940? Podría haber corrido también, él corría vallas. Pero no quiso participar. De todas formas acompañó a su equipo.

: No era alemán.

: No, checo.

: A su país también lo traicionaron los que se llamaban “sus aliados”, Francia y Gran Bretaña, ¿no es verdad?, aceptaron que Hitler se lo quedara. Usted también sabe un poco lo que es ser negra bajo los colmillos del hambre blanca.

: Yo no tengo un país, el éxodo ha sido la patria de los míos desde hace muchas generaciones. En realidad no hay donde volver. Pero pasamos por los mismos lugares una y otra vez, los lugares donde nacimos, las carreteras por donde nos marchamos, los barracones donde morimos. ¿Usted sabe que a 50 kilómetros de este maravilloso hotel hay un campo de concentración? A mis abuelos y a mis tíos abuelos y a sus esposas e hijos los deportaron aquí al lado. Alguno de ellos sobrevivió y ahora estoy yo, de nuevo, de paso por aquí. ¿Se ha fijado en el mostrador de recepción? Hay una ruta turística al campo, se organizan grupos. Hay turistas que, aprovechando que han venido a la Olimpiada, pasan una tarde allí por hacer algo diferente. ¿Tiene algo para beber?

: Agua.

: ¿Y el mini bar?

: Sírvasse usted misma.

Pausa breve

: Usted corre por su país y va a entrenar periódicamente allí, pero, ¿por qué vive en Europa?

: Me gusta Francia. Siempre he soñado con vivir en París. Cuando era muy pequeño, en mi aldea, conocí a una persona que me hablaba mucho de París (*ríe*), era una gran contadora de cuentos. Mucho más tarde me di cuenta de que nunca había estado allí, en realidad no tenía ni idea de cómo era la ciudad, pero me hizo soñar con ella, me hizo desearla como una tierra prometida. (*ríe*)

: ¿De qué ríe?

: Me acuerdo de cuando por fin pisé la ciudad por primera vez. Yo pensaba que las calles estarían empedradas de oro.

: ¿Fue decepcionante?

: (*pensativo*) Tardé en comprender la importancia de lo que aquella persona me había legado. Tardé un día y medio, exactamente, por eso soy el más rápido.

: ¿Me ha llamado para hablarme de esa persona, esa persona que no aparecerá en su biografía oficial?

: (*pensativo*) Sí. Algo así. Sí, también...

(...)